

Ciudad adentro. Espacio, relato y extimidad en la escritura de la ciudad

Inside City. Space, story and extimacy in the writing of the city

Rafael Delgado Deciga ¹ y Edgar Miguel Juárez-Salazar ²

¹ Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco; ² Universidad Autónoma de la Ciudad de México

¹ rdelgadodeciga@gmail.com; ² edgar.jusan@gmail.com

Resumen. En el presente artículo de investigación teórica se aborda el estudio de la Ciudad desde una perspectiva distinta a las de algunos estudios tradicionales de urbanismo. Se analiza la producción del espacio no sólo en su cualidad física, sino como espacio simbólico a través del estudio de las prácticas sociales y políticas desde su capacidad tanto constitutiva como de transformación, para lo cual, los relatos resultan imprescindibles. Partiendo de la diferencia entre lo imaginario (paisaje) y lo simbólico (relato), ubicamos la disposición de la Ciudad desde las reconstrucciones exteriores e íntimas de ésta. Asimismo, se cuestionan los límites de lo público y privado, para lo cual se revisa el concepto laciano de extimidad, su articulación política en la construcción del espacio y su constante movilidad contingente desde lo simbólico.

Abstract. This theoretical study deals with the city from a perspective different from the traditional urban study. It not only approaches production of physical space, but symbolic space through study of social and political practices and their constitutive and transformative capacity, for which the narrative becomes essential. Based on the difference between the imaginary (landscape) and the symbolic (narrative), we position the City's layout through intimate exterior reconstructions. Furthermore, the limits of what is public and what is private are questioned, for which Lacan's concept of extimacy, its political articulation in the construction of space and its constant contingent mobility are reviewed from a symbolic viewpoint.

Palabras clave. Ciudad; espacio; extimidad; relato.

Keywords. City; space; extimacy; narrative.

Formato de citación. Delgado Deciga, Rafael, Juárez-Salazar, Edgar Miguel (2018). Ciudad adentro. Espacio, relato y extimidad en la escritura de la ciudad. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 8(2), 73-84. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/delgado_juarez

Recibido: 24/06/2018; **aceptado:** 24/07/2018; **publicado:** 07/11/2018

Edición: Almería, 2018, Universidad de Almería

El paisaje congelado del tiempo:
Señalar en su mapa el punto de una flecha
Lanzarnos hacia ella, adentrarnos en ella.
Salvador Novo, 1873

Introducción: paisaje, subjetividad y espacio

En los estudios sobre la Ciudad es posible hallar variadas perspectivas para abordar, entender, reproducir o interpretar la Ciudad y sus avatares. De igual manera, las miradas científicas de estos estudios son diversas y exigen diferentes niveles interpretativos, los cuales sugieren distintas metodologías y propuestas según sus fines. En el presente trabajo, trataremos de elucidar una aproximación a la Ciudad enmarcada en la disciplina psicosocial, condición que dará cuenta de la relación entre la subjetividad y el espacio mediante la forma en que éste es representado y narrado. Asimismo, en el modo en que es ubicado en el paso de lo exterior a lo íntimo.

En un rastreo general de las indagatorias psicosociales sobre la Ciudad es posible encontrar trabajos que acercan sus exploraciones, por ejemplo, a partir de la óptica de la psicología urbana y su desarrollo histórico, y que van desde el mapeo cognitivo hasta la producción colectiva de la identidad y sus implicaciones simbólicas (Aguilar, 2007; Reguillo, 1996). Otros, que analizan la relación entre la cotidianidad cultural, la ciudadanía y su vínculo con psicología política (Fernández Christlieb, 1991; Cisneros Puebla, 1994), y también aquellos que estudian la creación de memoria e identidad a partir de las organizaciones barriales, de su memoria y de su movilización social (Portal, 2006; Falleti, 2012; De Alba, 2007; Nora, 2008).

Si bien se pueden encontrar muchos más estudios psicosociales urbanos que plantean la importancia y el lugar de la subjetividad en la Ciudad, pareciera haber un paradójico ausente: la articulación discursiva de los sujetos propiamente dichos. Éstos la habitan y la describen desde las prácticas del espacio, el cual es

narrado por ellos, y en donde la Ciudad no sólo produce identidad, sino también resistencia. Estas narrativas parecen resultar necesarias y utilitarias para la producción y el control del espacio urbano desde las prácticas del ejercicio del poder y la ciencia urbanística. Éstas, aunque encuentran en el sujeto la fuente de su esfuerzo organizacional y hegemónico, establecen sistemáticamente los parámetros en los que las personas habitan los espacios y, al mismo tiempo, condenan a la subjetividad y su devenir a la ignominia.

El trabajo que desarrollaremos a continuación presenta algunas hipótesis reflexivas que nos permiten pensar la Ciudad desde el replanteamiento de algunos posicionamientos teóricos. En particular, abordamos nuestro estudio desde las perspectivas de Michel De Certeau, Gastón Bachelard, y los aportes psicoanalíticos de la teoría del francés Jacques Lacan y de algunos de sus interlocutores. Teniendo como objetivo discernir entre sus posibles aportes en la indagación sobre la construcción simbólica aleatoria y la inminente radicalización contingente de la Ciudad como intercambio simbólico.

Primeramente, nuestra reflexión pretende situar las lógicas de la Ciudad¹ en una suerte de simulacro que se reactualiza a cada momento y que radicaliza los ejes de lo imaginario y lo simbólico azarosamente. Como señala Michel De Certeau (2010, p. 105), “la Ciudad-panorama es un simulacro teórico, en suma, un cuadro que tiene como condición de posibilidad un olvido y un desconocimiento de las prácticas”. Esta diferenciación parece centralizar una problemática fundamental entre el paisaje, la Ciudad y la condición subjetiva. Una irresoluble pero infatigable imbricación de lo estructural de las relaciones entre la Ciudad y el sujeto como enunciado a partir de sus propias prácticas de articulación discursiva e imaginaria. Hablamos del paisaje, como fenómeno de la totalidad imaginaria, que resulta atravesado por las formas en las que la Ciudad se ejerce de modo imaginario por las prácticas ideológicas de los sujetos.

Con lo anterior, el paisaje se impone previamente a la Ciudad y la matiza. De igual forma, la Ciudad pareciera también imponerse a la mirada. La necesidad de representar el paisaje aparece antes que los medios para llevarlo a cabo estructuralmente; incluso antes de la existencia de las fotografías satelitales, ya se *fictionaba* la posibilidad de visualizar el paisaje. La cuestión a relevar acá es que el paisaje necesita también de las estructuras ficcionales del sistema simbólico, y no sólo de la ficción de la imagen. Las pinturas renacentistas, por mencionar un ejemplo, dibujaban el paisaje desde una perspectiva aún no inventada, pero sólo pueden pensarse como una cartografía de la ficción; lo interesante es, precisamente, descifrar las dinámicas simbólicas que tejen a la Ciudad.

Paisaje, como palabra, tiene su raíz etimológica en el francés *pays* ‘país’, la cual, a su vez, deriva de *pacto*, y en sus bifurcaciones procede de *paiens* ‘paganos’, aquellos sujetos exiliados a las afueras de las ciudades romanas –los bosques *pagus*, aldeas o comarcas rurales– después del establecimiento del cristianismo. La condición pagana hacía referencia a los sujetos que no reconocían más dioses que los propios del lugar. De esta manera, el paisaje representa la asociación de sujetos (paganos) en torno a un lugar y a un pacto imaginario y simbólico que les vincula.

Sin embargo –y de eso dan cuenta también los propios pintores–, el paisaje nunca es el mismo, es siempre una invención, una ficción imaginaria en sí misma. De hecho, haciendo referencia a la invención, paradójicamente, el paisaje surge antes en la poesía y en la narrativa, precede a los lienzos pues, antes de la imagen, ya hay símbolos. En la Ciudad, su escritura simbólica se impone, pero a qué ciudad nos referimos, de qué da cuenta el paisaje, qué es lo que planifica, se trata de una articulación entre lo posible, o deseado, y lo real que no es nunca homogéneo.

La Ciudad simulacro desde el paisaje supone una planificación no sólo del espacio físico, sino la producción de un tipo específico de sujetos que la habita. Existe el presupuesto de producir no sólo un espacio determinado, sino también un sujeto acorde a tal, un sujeto normalizado e incluso mimetizado en

¹ Nos referiremos a la ciudad como nombre propio a lo largo del texto, dado que hacemos alusión no a una ciudad genérica –la cual sería cercana al simulacro del paisaje–, sino la apuesta por la Ciudad que, como nombre propio, simbólico, supone la posibilidad de concebir y construir el espacio a partir de las prácticas que en él se realizan; es decir, la posibilidad de reescribirla.

la traza original imaginaria de las ciudades que delimita la simulación del paisaje. En las sociedades contemporáneas, la planificación espacial pasa por un marcado balance financiero y organizacional, y esto ya resulta ser simbólico, siguiendo una lógica evidente: menor costo, mayor ganancia y más homogeneidad de los espacios². Ciudades de repetición simulada que hegemonizan el paisaje, diseños genéricos, que no apuestan sino por la producción de ganancia y de intercambio económico. Esto no podría explicarse sin la forma estructural del intercambio capitalista explicitado por Marx (2006, p. 62) en *El Capital*, donde las “mercancías se comunican” para producir una forma eficaz, cristalizada en el dinero, que pone en evidencia que “el nombre de una cosa es ajeno a la naturaleza de esta cosa”, y ajeno a su puro intercambio. Sin embargo, la Ciudad simulacro pareciera no poder sostenerse sólo como trazo, como diseño, como un habitáculo totalitario de la imaginación, sino que también necesita intercambiarse estructuralmente, es decir, desde lo simbólico.

Es importante precisar que es en el espacio y por el uso del espacio que se matiza la reproducción de las relaciones de producción capitalista desde un paisaje que obtura al sujeto y lo hace comprender su subjetividad desde una especie de universalismo de la imagen paisajista. En palabras de Lefebvre (1974, p. 223): “el espacio deviene cada vez más un espacio instrumental”. Es el espacio un lugar pretendidamente totalizado por las estrategias jurídico-políticas, económicas y sociales, las cuales se tropiezan y se entremezclan en el terreno simbólico de la formalización estructural otorgada por el lenguaje.

La planificación imaginaria de la ciudad remite también, entonces, a la creación de un objeto pretendidamente universal y simbólico que es la Ciudad misma. Entendemos a ésta como resultado de discursos y prácticas que la transforman, lo cual nos remite a otra espacialidad que no necesariamente se corresponde con el espacio geométrico planificado, sino, paralelamente, a la Ciudad que está construida en las prácticas discursivas aleatorias e indeterminadas que tienen lugar también en y por el espacio.

El nombre que se ha asignado al espacio no es una cuestión menor en lo absoluto. La Ciudad, como nombre propio, permite concebir y construir el espacio en sí de una manera diferente. La nominación le otorga un sentido no sólo al lugar espacial y paisajista, sino al propio sujeto. Esta condición, además de vehiculizar una identidad imaginaria, y pretendidamente universal, reafirma un problema fundamental en ciencias sociales: el territorio y la nación. La nación, que hace el juego de apropiación del territorio, exhibe *el papel de identidad a partir del arraigo de un tejido comunitario*. Sin embargo, su práctica no sólo establece el sentido de comunidad, sino también presenta una “dimensión onto-normativa intrínseca” de la realidad imaginaria y simbólica de los sujetos (Ibáñez, 2001, pp. 172-173). La Ciudad, con nombre propio, inscribe a los sujetos y, en paralelo, hace de su nombre una insistencia aleatoria de aquello que no termina de dibujarse en el paisaje porque está imbricado en el sistema simbólico de la cultura.

De esta manera, los nombres jerarquizan y ordenan la semántica del *texto urbano* más allá del territorio y, a su vez, introducen al sujeto en la condición de ficción que es otorgada por el lenguaje y sus prácticas. Contrariamente a esto, la cronología y la historicidad pierden su sentido unitario entre las polisemias que son emitidas por los transeúntes. En otras palabras, no hay un sentido unívoco de lo que es la Ciudad. A pesar de que el sujeto esté siendo enunciado por el lenguaje y busque ser determinado por éste, siempre acontece la dispersión de los sentidos. Son entonces los sujetos y sus prácticas discursivas los que deambulan por la ciudad, los que organizan la vida misma de las ciudades, son ellos y sus discursividades quienes *leen e interpretan* la Ciudad a cada paso que dan.

Entonces, no es en el paisaje como generalidad donde se encuentra la Ciudad, sino abajo, allí donde viven los practicantes de la misma, en el ordenamiento de las condiciones que no cesan de precisar sus

² En México, grandes corporativos de constructoras han optado por seguir cánones de construcción a partir de las necesidades y expectativas económicas de los posibles compradores. Esto ha resultado en la construcción de casas o apartamentos sumamente rentables, pero profundamente similares entre sí. El espectro económico determina también las condiciones imaginarias de la arquitectura, sin contar los sobornos a funcionarios públicos para la edificación, a modo de viviendas que exceden las normativas urbanísticas, en muchos de los casos.

lineamientos. Los sujetos son caminantes de un texto que les resulta ilegible, inconexo, incluso paradójico, una escritura mediante la cual simulamos, también como ficción, nuestras prácticas culturales. Es en la Ciudad donde también podemos “proyectar nuestros fantasmas” y “creer que compartimos la misma puesta en escena” de la realidad (Baudrillard, 1981, p. 200). El sujeto resulta entonces algo más que un “cuerpo dócil” como mencionaba Foucault (2009, p. 57), para ser también, él mismo, un agente activo de la construcción del espacio desde la materialidad narrativa de éste. Se trata acá de reivindicar el punto de vista del “actor en la vida ordinaria y reconocer su papel como constructor” de la realidad y la materialidad (Esquivel Hernández, 2005, p. 60). Finalmente, la práctica discursiva del espacio transforma a este sujeto, pues también lo colectiviza en un sentido urbano que pretende ser totalitario, olvidando propiamente al sujeto que, aunque es parte del ejercicio estructurante del poder simbólico, está también produciendo una resistencia a éste.

La Ciudad fragmentada

La Ciudad deviene como un tema recurrente en los discursos de lo político. Se torna ideológicamente legitimado un espacio que pareciera ilegible, toda vez que su existencia requiere la exclusión de las prácticas que lo constituyen, determinando las formas en las que estas prácticas deben desarrollarse en normalidad. Se revela así una disyunción entre el discurso que homogeniza la colectividad —como la administración de ésta— y las *prácticas subjetivantes* y de resistencia de los habitantes de dicho espacio.

Asimismo, las prácticas del espacio entran las condiciones que posibilitan la vida social y la realidad subjetiva de ésta. La Ciudad no está fragmentada, cuando menos en su precisión imaginaria, pero se fragmenta cuando acontece lo real y lo simbólico. Desde este punto, la Ciudad insiste en consolidarse como una ficción paisajista unívoca. Sin embargo, son los fragmentos que devienen de ésta los que se deslizan en la apropiación narrativa de los sujetos. Sin duda alguna, los procesos cotidianos del caminante pueden registrarse en mapas simbólicos urbanos para transcribir sus huellas y sus trayectorias inconexas (que pasan por aquí, en lo íntimo, y no sólo por allá, en lo público). Los sujetos recrean ausencias, lo que ha sido, lo que pasó. La formalización estructural, por el mismo hueco producido en la formalización simbólica, recuerda que no todo puede decirse sobre la Ciudad.

La Ciudad puede cartografiarse, dibujarse como totalidad desde el paisaje mismo, desde sus calles y desde sus territorios públicos y privados, desde el trazado urbanístico utilitario, económico, etc. Sin embargo, por ser una cartografía, no deja de ser una ilusión, un mito totalitario. Un “mito” que “no puede definirse ni por su objeto ni por su materia, puesto que cualquier materia puede ser dotada arbitrariamente de significación: la flecha que se entrega para significar un desafío es también un habla” (Barthes, 2010, p. 200). Por más intentos de afianzar la totalidad de la Ciudad, al ser ella misma parte del habla y no sólo de lo imaginario, se muestra que, paradójicamente, también se estructura gracias a lo simbólico, y no deja de presentar sus fragmentos interiores aún en territorios focalizados como públicos. Las abundantes y antiquísimas catedrales católicas en México, por ejemplo, no serían sino cantera labrada por la fuerza obrera de campesinos y jornaleros que adoran un símbolo hegemónico producido por ellos mismos.

Las prácticas espaciales —imaginarias y simbólicas interconectadas— remiten así a un andar que podría equipararse a una enunciación, pues cada paso constituye el entramado de un texto que es la Ciudad misma. Un texto que los caminantes escriben sin poder, en ocasiones, leerlo. El andar por la Ciudad es no tener lugar, como los tristísimos poetas en el aeropuerto, como habitantes de los *no lugares*, un anonimato en gran medida formalizado por la estructura (Augé, 1992). La práctica peatonal, como modo de fragmentación, resulta así el proceso indefinido de estar ausente. Vagabundear, no tener lugar, desplazarse por el espacio sin un destino fijo, supone una práctica que multiplica y, a su vez, reúne y escribe a la Ciudad. Un deambular que resulta de la apropiación de una falta, una imposibilidad de decirlo todo. Devenimos, como ciudadanos, en una suerte de *flâneur* baudelaireano que se precisa como una constante simbólica que no está administrada por el Estado y las prácticas normalizadoras de éste y del capitalismo,

el andante resiste y fractura la administración de las subjetividades. Como precisa De Certeau (2010, p. 117), “el espacio producido por las prácticas implica el reemplazo de la totalidad de la Ciudad con fragmentos, espacio de la miniatura que amplifica el detalle y convoca una presencia: la de aquello que está ausente” y flotante, eso que deambula sin saberlo.

Con lo anterior, el relato del espacio resulta una elaboración artesanal configurada en los intersticios de los *dichos comunes*, una historia aludida en forma fragmentaria cuyos ecos enmarcan las prácticas sociales. No obstante, si bien el discurso está articulado desde lo común, la apropiación del espacio se reescribe también en la singularidad íntima que no puede ser unívocamente remitida a lo colectivo. Se trata de un lugar en el discurso, un lugar de intercambio, donde se vuelve a producir la Ciudad desde quienes la transitan en su singularidad, que es también parte del quehacer colectivo. Como señala atinadamente Lefebvre (1978, p. 86), es en la “riqueza de la cotidianidad” donde se esbozan las “más auténticas creaciones, los estilos y formas de vida que enlazan los gestos y palabras corrientes con la cultura”. En palabras de Michel De Certeau (2010, p. 116), se trata de la “experiencia pulverizada en desviaciones innumerables e ínfimas, compensada por las relaciones y los cruzamientos de estos éxodos que forman entrelazamientos al crear un tejido urbano y colocada bajo el signo de lo que debería ser, en fin, el lugar pero que apenas es un nombre, la Ciudad”. La fragmentación de la Ciudad, al igual que el sujeto, resiste y *no cesa de no escribirse*.³

La Ciudad como espacio simbólico en disputa

El espacio revela una capacidad de alojar historias silenciosas, íntimas y públicas al mismo tiempo, como si se tratase de una novela negra tan cotidiana, pero, de la misma manera, rara o inusual. La Ciudad es entonces enunciada y, a la vez, es parte de un mecanismo enunciador. A ésta se la define desde lo exterior, desde una pragmática orgánica, económica, política-urbana, y se precisa con esto que el mundo mismo y las ciudades pueden ser leídas “como un texto o mejor dicho como un sistema de textos” que nos permiten interpretarla de modos aleatorios e intempestivos (Parker, 1996, p. 79).

En este sentido, la Ciudad como espacio simbólico es el escenario de una disputa, un cuadrilátero quizás, en el cual, al igual que en el pancracio mexicano, persiste una lucha. Cual estetas del ring de la *Arena México* o la *Arena Coliseo*, los ciudadanos se disputan, contienden y reescriben los sentidos. Si bien podemos esgrimir el espacio simbólico como una propiedad –la articulación mediante el lenguaje, y, con esto, a través del Otro, como una propiedad del espacio simbólico de la cultura–, es innegable la cualidad citadina del sujeto como un ente activo que, más allá de crear sentidos, reaviva la relación no totalitaria de los significantes encadenados en el discurso. En otras palabras, por más designaciones que el poder político, social o económico dispongan en la Ciudad, son los actores quienes reinventan y pueden contraponerse a las determinaciones civiles o jurídicas propias de la urbanización al reinventar, desde el discurso, sus espacios. Esto, sin duda, como lo precisa David Harvey (2012, p. 20), “es un derecho a cambiar y reinventar la Ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinención de la Ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización”.

Es en la práctica peatonal donde encontramos la lucha infinita de estos relatos citadinos. El tránsito de la Ciudad es también una forma de leerla y reescribirla. Como afirma Raymundo Mier (2016, p. 21), es preciso entender estos dos actos: “la escritura y la lectura como dos momentos inconmensurables de reconocimiento intempestivo”. Ahí radica la importancia de estas prácticas confrontantes: contar historias, relatos artesanales contruidos con y entre los vestigios de un mundo familiar y extraño en un mismo tiempo lógico, una condición ominosa mediante la cual se edifica un espacio tan nuestro, pero, igualmente ajeno.

³ Se hace un juego de palabras para señalar que la Ciudad tiene, aún ya imaginada y formalizada, un pequeño lugar en el orden de lo real. Lacan (1997, p. 114) va a precisar justamente que lo real en tanto que “imposible” es aquello que “no cesa de no escribirse”.

Los relatos, al formar parte del entramado simbólico, provienen de otros tiempos, son contados por otros y resignificados por el sujeto en su intimidad. El espacio cuenta entonces con una capacidad narrativa que habrá que saber leer y transformar desde el relato. Se trata de aquello que De Certeau (2010, p. 120) identifica como “las reliquias verbales de las cuales se compone el relato, ligadas a historias perdidas y a acciones opacas, están yuxtapuestas en un *collage* donde sus relaciones no están pensadas y forman, por eso, un conjunto simbólico. Se articulan por medio de lagunas”. Los relatos forman parte de lo íntimo discursivo de la Ciudad y se *privatizan* también en los rincones de ésta, en los barrios, en las esquinas, en las vecindades y en las plazas como centros de narración ausente.

En efecto, los relatos antagónicos y confrontantes de la determinación imaginaria, al igual que la Ciudad, y por los efectos mismos de la indeterminación del lenguaje, nunca son los mismos por más intentos de capturar el momento como una imagen instantánea, en *Polaroid*, que se va reescribiendo o redibujando en cada narración, a cada captura. El recuerdo relatado sobre la ciudad evoca las ausencias y trafica con ellas, reescribe lo que ahí habitaba, reedita a quienes pasaban y dibujaban la Ciudad⁴. Los recuerdos pueblan la Ciudad, es decir, éstos hacen habitable al lugar con su misma deformidad múltiple; sentidos que pueden ser evocados o no según lo apremiante de la socialización. El espacio ausente es parte fundamental de la narrativa ulterior que construye la articulación de la Ciudad desde las prácticas simbólicas. La ausencia permanece paradójicamente *in situ* para poder ser llenada mediante los sentidos, pero también vuelve a *naciarse* en el momento mismo en que otras prácticas arrebatan y transforman los mismos.

De esta manera, la ausencia se articula simbólicamente como un significante aleatorio que *flota* y que puede reinscribirse como *point de capiton* en cualquier significación. Como señalan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985, p. 152), con una profunda influencia lacaniana, se trata de “puntos nodales” en donde “ciertos significantes privilegiados” pueden “fijar el sentido de la cadena significante”. Lo cual permite focalizar no sólo la identidad política a partir de una denominación *en común*, sino que ésta se vuelve una imposibilidad contingente y política a partir del vacío de completud que los puntos nodales muestran mediante el discurso y que estructuran las formas de la Ciudad. Es decir, el nudo simbólico indecidible que construye la Ciudad como otra forma articulada con –y más allá– de la imagen del paisaje.

De igual forma, las prácticas espaciales como enunciación peatonal revelan su propia retórica, la anáfora como figura convoca a una repetición de una experiencia originaria: la diferenciación del cuerpo del sujeto, que Freud conceptualizó como *Fort Da* en el juego de la presencia y la ausencia de la cual resulta el momento *inaugural* del espacio. Como apunta Michel De Certeau (2010, p. 122), “la manipulación jubilosa que permite «hacer partir» el objeto materno y hacerse desaparecer (en la medida en que es idéntico a este objeto), *estar ahí* (porque) sin el otro, pero en una relación necesaria con el desaparecido, constituye una «estructura espacial originaria»”. Se trata de pensar la ausencia como estructurante de la realidad de la Ciudad desde lo que desaparece y acontece en una ida y vuelta.

Es en esta relación especular en donde el sujeto se reconoce imaginariamente como uno, aunque sea parte del Otro como elemento éxtimo estructural de su existencia en la Ciudad. La imagen en el espejo nos lleva a repensar las prácticas espaciales como esa anáfora, repetición de la experiencia especular *ser otro y pasar al otro*, cuando la irrupción imaginaria del espejo se ve superpuesta por la palabra y los actos enunciativos. De esta manera, el espacio se construye en las prácticas simbólicas antagónicas que los sujetos realizan de y por el lenguaje que les habita, pero no como una constante, sino como una encrucijada de significados. Es decir, se constituye un *espacio otro* imaginario desde la Ciudad simulacro, no en el sentido administrativo heterotópico planteado por Foucault (1994), sino sobre el diseño propio de la imagen, y a esto se le añade un espacio simbólico en donde las fronteras entre lo que queda dentro y lo que se pone afuera parecieran desdibujarse, fronteras que se tornan borrosas pero no dejan de ser antagónicas.

⁴ El cronista y cantante mexicano Salvador “Chava” Flores captura nitidamente esta forma narrativa en el siguiente pasaje de su canción *Mi México de ayer*: “Esas cosas hermosas, porque yo así las vi, ya no están en mi tierra, ya no están más aquí. Hoy mi México es bello, como nunca lo fue, pero cuando era niño, tenía mi México un no sé qué”.

El paso del afuera al adentro y viceversa

Toda enunciación puede conllevar conflictivamente también un enunciado. Esta dicotomía ha sido ampliamente trabajada por Derrida (2012, p. 59) a raíz de la problemática del afuera y el adentro como una “red de varias dimensiones” en el “interior de un sistema global” que se encuentra “abierto a todas las posibles cargas de sentido”. El intercambio por el cual los significantes pasan de afuera hacia adentro es, en sí mismo, una condición de pura exterioridad que puede articularse como una suposición de interioridad al momento de que el sujeto captura los sentidos. Si las dinámicas hegemónicas del poder buscan puntualizar, desde el lenguaje, un sentido, la resistencia de los sujetos permite arrancarlo y *fantasmáticamente*, hacerlo suyo o desecharlo para ocuparlo con otro sentido diferente. Lo otro es también lo pretendidamente propio al nivel del sistema simbólico de la cultura.

En la Ciudad, se reclama con cierta vehemencia una lógica de lo propio y lo impropio, lo privado y lo público, espacios de lo permitido y lo denegado, lo que está afuera y lo que pertenece al adentro, lo que el sujeto pretende clausurar al cerrar la puerta de su casa. Pensemos, de esta manera, en la producción del espacio público y privado como una geometría que *espacializa* el pensamiento. Para Gaston Bachelard (2010, p. 250), por ejemplo, se “[...] piensa con lo de dentro y lo de fuera, el ser y el no ser”. Como si la determinación de aquí y allá marcaran el ser del hombre y el ser del mundo respectivamente. Lo público se vive como una no pertenencia, lo más propio resulta, entonces, lo más ajeno; sin embargo, esto proviene de la exterioridad en sí misma.

Conviene preguntarnos entonces: ¿Dónde se encuentra el ser del hombre en su discurso dentro de la Ciudad? Para Bachelard (2010, p. 254), “a veces es fuera de sí donde el ser experimenta consistencias, a veces también está, podríamos decir, encerrado en el exterior”. La aparente distinción del adentro y el afuera se funda en las significaciones que se depositan en cada uno; estas significaciones son, en buena parte, la medida de la adhesión a éstas, pues es imposible vivir lo interior sin la fuerza estructural y contingente de lo exterior.

El sujeto se juega su ser en el *estar(ser)-allí* con el discurso. El estar supone un ser, o bien, un *deber ser* a condición de su existencia como ser en el lenguaje. Con esto buscamos poner en duda la certeza de las fronteras entre lo íntimo y lo privado que suponen, en lo geométrico y en el dominio abyecto de la razón, un contorno bien definido. Como enuncia Bachelard (2010, p. 259), “en lo que concierne a la intimidad, no se encierra nada”. Lo íntimo es lo externo que se juega en el vaivén producido por los efectos de ida y vuelta del lenguaje que pueden parecer, en ocasiones, completamente internos o propios. En palabras de Bachelard (2010, p. 269), “lo de dentro y lo de fuera no están abandonados a su oposición geométrica, ¿De qué exceso de un interior ramificado se escurre la sustancia del ser?, ¿es que el exterior llama?, ¿no es el exterior una intimidad antigua perdida en la sombra de la memoria?”.

Sin embargo, el espacio en disputa no es únicamente colectivo, sino también la satisfacción y el juego de deseo que aparentemente se aporta al otro semejante. Es decir, va más allá de un deseo por apropiarse o vincularse al otro como exterior en tanto tal, sino del goce que se esgrime en mi existencia exterior, al compartir el espacio público de la Ciudad. Se trata de lo que Chaumon (2004, p. 63) puntualiza como “la recriminación contra el prójimo que goza de algo de lo que el sujeto se siente privado”, y que “entraña un placer hacia el otro en tanto parece estar gozando”. Esto lo trabajaremos un poco más adelante. La intimidad es el modo gozante de lo exterior y del espacio que se captura en el devenir del sujeto de lo colectivo a lo íntimo.

Al ser puramente territorio del lenguaje, la Ciudad vuelve a representarse como el lugar de la encrucijada de los sentidos, y con esto se convierte en lo que podría denominarse, siguiendo al filósofo y psicoanalista esloveno Slavoj Žižek (2005, p. 118), como el “desierto de lo real”, donde las identidades se solidifican mediante lo simbólico y lo imaginario, y que constituyen el “acto político” de lo exterior y, en cuanto tal, también se disuelven para dejar lugar al vacío. La intemperie real imposible, dispuesta a volver a ser capturada por el universo simbólico y dirigida por las ensoñaciones imaginarias que permiten nuevamente reescribirla *fantasmáticamente* como Ciudad-paisaje, y al sujeto como ciudadano interiorizado dentro del orden del sistema simbólico de la cultura.

Pero, ¿acaso ese adentro interior no se constituye de un afuera legitimado por el sistema simbólico de la cultura? Este sistema es quien hace producir la ley, y lo interior. Lo de *adentro* se constituye fragmentariamente desde de la ley del afuera en el punto de quiebre entre lo exterior y lo interior. La puerta que impide el paso de lo público y lo privado supone ese elemento intermedio que hace constituir lo íntimo. ¿Es el exterior el que entra o el interior el que sale?, ¿se abren las puertas para el mundo de los hombres o para el mundo de la soledad? “Entonces, en la superficie del ser en esa región donde el ser quiere manifestarse y quiere ocultarse, los movimientos de cierre y apertura son tan numerosos, tan frecuentemente invertidos, tan cargados también, de vacilación que podríamos concluir con esta fórmula: el hombre es el ser entreabierto” (Bachelard, 2010, p. 261). Finalmente, lo que anuda al ser son las palabras en el sistema simbólico; si pensamos en un *espacio narrativizado*, constituido por los relatos que son tan propios como de nadie, el espacio íntimo no podría ser sin la existencia de lo exterior que entra y sale constantemente como efecto de la formalización de la ley de la cultura.

¿Acaso no son las palabras quienes marcan un lugar externo en el mundo? Ellas imprimen un nombre aún antes de la propia existencia, el lenguaje antecede al sujeto; son las palabras y el lenguaje quienes “nos han hablado aún antes de que habláramos” (Chaumon, 2004, p. 12). En este sentido, la poesía ya conocía la paradoja: las palabras están destinadas a dar cuenta de lo más singular; lo más íntimo se construye con significantes que han circulado infinitamente entre los sujetos de un lenguaje que ellos construyen, pero también por el que son construidos; por lo tanto, es la poesía la que reinventa la aleatoriedad y permite la emergencia del acontecimiento que redefine las normas políticas y sociales del espacio. El filósofo francés Alain Badiou (1999, p. 215) ya había dado cuenta de esto pues, a partir de Mallarmé, nos indica que “no hay poesía alguna más sometida a la acción, ya que el sentido (unívoco) del texto depende de lo que declaremos que ahí se ha producido”.

Si, como planteamos, el sujeto no llega a la nada, tiene entonces un lugar *real* en un espacio que se enmaraña con lenguaje. El arribo del sujeto requiere una comprensión espacial en donde éste es colocado también dentro de una posición que ocupa un encadenamiento político-exterior a los demás. Los sujetos como exterioridad se sujetan a “una red simbólica como un lenguaje antes de que el sujeto haya proferido la más mínima palabra” (Chaumon, 2014, p. 21). Esto permite que, en el ordenamiento simbólico, y en la Ciudad como corolario de éste, se tienda un lazo social que todo el tiempo se encuentra en disputa por ser exterior y contingente. Si creamos el interior es porque asumimos un lazo discursivo externo como un acto político supuestamente neutro que nos determina *universalmente* pero no en última instancia. En efecto, ese lazo continúa abierto a la contingencia. El vínculo entre el exterior y el interior, organizado por el significante de la Ciudad, es sólo la parte más visible de mecanismos subjetivos, políticos y de orden social externo que le son adyacentes.

Los avatares políticos y ciudadanos de la extimidad

El sujeto es constituido como tal por el lenguaje y, por tanto, es político. La configuración ciudadana de éste se remite, para nosotros, a la idea de *extimidad* como factor político organizador del sujeto en la Ciudad y en el sistema simbólico. Este concepto, que va a escudriñar los juegos entre el afuera y el pretendido adentro, es en el que se configura el sujeto y su identidad en la Ciudad. Por principio, el concepto de *extimidad* surge como una aportación original del psicoanalista francés Jacques Lacan en uno de los momentos de más influencia estructuralista en su obra.

Propiamente, Lacan (2009, pp. 171-172) señala que la “extimidad” representa una “exterioridad íntima” que se encuentra en el lugar de “la Cosa”; es decir, en un punto real innombrable para el sujeto que, sin embargo, se encuentra estrechamente vinculado al deseo como producto del sistema simbólico y como imposibilidad en lo real. El deseo, en su imposibilidad de colmarse, tendrá que irse formalizando a través de los significantes que se entrelazan al sujeto desde su inserción en el lenguaje. Al ser imposibilidad, también se encuentra, en la teoría lacaniana, como punto hueco, como vacío imposible de colmar que acecha a la interioridad.

Para Pavón-Cuéllar (2014, p. 662), la “extimidad no reside simplemente en nuestro mundo, sino que es el ombligo, la fuente de este mundo, como lo es para nosotros”. Esta es la característica más profunda del término *extimidad*, pues hace de lo material externo –donde acontece cierta materialidad significativa también– un punto que se articula como interior para nosotros pero no deja de ser externo: se trata de un punto *éxtimo* propiamente dicho. Nuestra espacialidad exterior, concreta y modificable, pasa por el núcleo *éxtimo* del sujeto que habita esa espacialidad. Este efecto, que nos puede hacer producir pertenencia a un espacio, identidad o intimidad del mismo, de igual forma nos muestra la fuerza de lo exterior para articular una pretendida interioridad. Este efecto sólo puede conseguirse por el punto de articulación del vacío y el lenguaje entendido desde el significante.

La relación del sujeto con el mundo exterior, con sus casas, sus edificios, sus identidades nacionales, etcétera, no puede explicarse sin el hueco fundamental de la extimidad. Al igual que el sujeto, la Ciudad puede ser pensada como el punto vacío que busca ser llenado por la imagen y el lenguaje. En realidad, la Ciudad nunca es colmada, sino representada por la significación –imaginaria, como la imagen del paisaje– o formalizada por la estructura simbólica –la Ciudad como significante, como nombre propio, como relato–⁵. Al pretender apropiarnos de la Ciudad, el espacio vacío se llena de un significado que busca representarla pero que no consigue abarcarla por completo. Además, se establece mediante prácticas jurídico-políticas, dentro y más allá del urbanismo, que determinan la existencia simbólica de una nación. Sin embargo, el vacío seguirá insistiendo, pues a partir de él se organiza la vida aleatoria del sujeto en la Ciudad. La extimidad no hace sino recordarnos el punto de confluencia entre los tres registros planteados por Lacan (2005): lo real, lo simbólico y lo imaginario, para comprender los avatares de la Ciudad como un adentro posible pero, al mismo tiempo, políticamente contingente por el toque de lo *real*, que acontece en la relación imaginaria-simbólica, y que también transforma a la Ciudad.

En este sentido, para Evans (1996, p. 59), “lo real es tanto dentro como fuera” por esta condición, lo inconsciente no sería “interior” o “psíquico” sino que estaría en el pasaje de lo externo a lo interno y en su reverso. Nuestra Ciudad, como la *pensamos*, no se configura sólo como pensamiento, se establece en la indecibilidad que se estructura entre el afuera y el adentro. Lo real se presenta anudado al lenguaje como un motor que insiste y está a expensas de ser simbolizado, pero también resistiendo a lo simbólico. Sin duda, el efecto de pensar la *extimidad* como una exterioridad que se cuela hasta lo más profundo del sujeto posiciona ya una condición política para habitar y crear la Ciudad. Quizás habitamos políticamente, en lo que Jorge Alemán (2012, p. 18) señala como una “soledad común” que se encuentra “agujereada” por el “vacío” y que, en palabras del mismo Alemán, “Lacan denomina ex-sistencia”.

Anteriormente señalamos de forma lacónica la importancia del *Fort Da* planteado por Freud (2001, p. 15) en su juego de ausencia-presencia. Buscamos ir un poco más allá: la ausencia, en su potencia de real imposible de simbolizar es el propulsor del esfuerzo de los sujetos por estructurar la Ciudad a partir del deseo que es imposible de simbolizar pero que queda anudado en el *for* y en el *da* en una condición irresoluble como totalidad armónica. El deseo como imposible y su subsecuente goce, como el inconsciente mismo, son lo político⁶ y se tejen en lo que se representa (imaginario), se escribe o narra (simbólico) y se estremece por el vacío (real). La Ciudad se inscribe así en su juego interminable de presencia y ausencia, en el quiebre que matizan los sujetos al habitar su exterior y ser configurados en su interioridad desde un plano político *éxtimo*.

En este sentido, Stavrakakis (2010, p. 171) señala que “todos los grupos políticos usan el espacio”, y esto nos muestra que “el espacio tiene un potencial tanto disciplinario como emancipador”. En sus palabras, se trata de “la función antitética de la plaza como espacio donde el poder se sedimenta y también se

⁵ Esta condición distinguible entre representación y formalización ha sido ampliamente trabajada por el italiano Pietro Bianchi (2012).

⁶ Lacan (1966, p. 166) señala, en su seminario “La lógica del fantasma”, la noción de “la política del inconsciente”. Y lo hace en función del lugar exterior del inconsciente a partir de la demanda de lo que él denomina como el Otro con mayúscula, lugar del lenguaje, de los significantes, del sistema simbólico de la cultura.

disputa”. Es así como nuestra tesis del vacío tiene una connotación política. Pues no sólo se trata del uso que puede darse al espacio como vacío sino cómo en ese lugar externo se depositan y confluyen los mecanismos políticos del sujeto más allá de la simple dominación o del control social. El espacio es tan propio e interno al sujeto, y al mismo tiempo es su distancia, es un lugar ajeno.

La Ciudad del adentro, la que se *apropia* mediante los relatos a través de lo que se escucha y se reproduce, estaría colmada de relaciones políticas de intercambio, del comercio entre los sujetos y lo real a partir del sistema simbólico de la cultura. Pero tanto el adentro como el afuera son lugares *éxtimos*. Siguiendo a Jacques-Alain Miller (2010, p. 31), el término *extimidad* sirve para aniquilar la idea de una “complementariedad” entre “el adentro” y “el afuera” remarcando, puntualmente, que “hay precisamente un afuera en el interior”. Esta idea disloca la insistencia psicológica por el sentido o las representaciones sociales de la Ciudad, pues nos propone una Ciudad relatada que es contada desde el intersticio y también desde lo que no se puede relatar de ella.

En definitiva, lo interior no sólo de la estructura arquitectónica de la Ciudad, sino también de la vida propia del sujeto, están en el afuera, en el espacio y en los usos de éste. En paralelo, Kingsbury (2007, p. 246) menciona que “la extimidad, entonces, nos permite comprender cómo la subjetividad, la sociedad y el espacio se producen a través de los giros de la intimidad externa y de la exterioridad íntima”. Es el espacio y sus vicisitudes lo que constituye a un sujeto de la Ciudad, y éste puede reapropiarse los modos en los que confluye en ella, o también aceptar las disposiciones de aquellos que se apoderan del espacio. El espacio, sin ambages, es también lo político, y la Ciudad, el fin último de su disputa.

Lo que fue o está siendo. O de las consecuencias

El espacio es el vínculo con la ausencia, supone el signo de lo que ya no está. “El objeto es ante todo un objeto perdido”. La nostalgia invade los relatos del espacio, la ensoñación que lo cubre, donde “el sujeto prefiere soñar totalmente despierto con el objeto tal como lo recuerda antes que enfrentar su ausencia” (Chaumon, 2004, p. 54). La Ciudad se asume como aquello que fue, y ya no será. No obstante, si validamos la posición de lo *éxtimo*, ésta siempre estuvo perdida, en la medida en que la falta pone en movimiento al sujeto. El sujeto no habita solo, la convivencia se torna necesaria, aun siendo imposible o disciplinada. Lo común, en cuanto externo, solidifica los espacios interiores, y con esto puede propiciar un vínculo interior fortísimo que busque ser defendido ante todo lo ajeno.

Finalmente, nuestra distinción general estriba más allá del espacio como objeto especular, no limitado a la simple concepción del paisaje, que no remite tampoco sólo a las representaciones imaginarias del sujeto. Hablamos aquí, entonces, de la falta hecha objeto: el espacio tiene un valor más allá del valor, un valor de uso y un valor de cambio en el mercado de los objetos que no puede ser explicado sin la existencia de un excedente del sistema simbólico y del registro imaginario. Como señala acertadamente Chaumon (2004, p. 65), “de suerte que todo objeto debe concebirse como constituido por dos partes heterogéneas, irreductibles: el objeto cognoscible cuyas cualidades pueden describirse y del que se puede tener un recuerdo y la parte radicalmente extraña que no puede reducirse ni domeñarse”. Ese objeto pequeño *a*, como es ubicado en Lacan, que se escapa y se vuelve la representación de la incertidumbre del sistema simbólico y la fractura de la imagen especular.

El espacio resulta, con esto, al mismo tiempo, polo de atracción imposible, ya que su constante *inaprehensibilidad* es necesaria e incluso ontológica, toda vez que si fuera alcanzado sería el fin del deseo, y, de esta manera, el fin del sujeto. La muerte de la Ciudad, evidentemente, pasaría únicamente por el deceso simbólico. Lo que no fue y se reescribe va más allá de la memoria, es la representación de lo que fue, pero ahora parece ser también un elemento fortuito y *éxtimo* de las lógicas políticas inacabadas e inevitablemente contingentes. El deseo no es de uno, sino del Otro, es de aquel sistema simbólico que demanda, que exige en mí *ex-sistencia* en cuanto tal. El deseo es la pregunta que interroga lo que el Otro

quiere de mí. Más allá de lo que muestra, más allá de lo que dice. La representación de la Ciudad como añoranza o como territorio desértico que es apropiado, es una añoranza imaginaria de totalización. Lo simbólico y lo real nos recuerdan su imposibilidad, pero también matizan las coordenadas de la estructura de la Ciudad, como adentro y como afuera.

Finalmente, debemos incidir en que *intimar* la Ciudad no refiere a lo personal, a lo cerrado, sino a conocer lo exterior imposible y fragmentado, llevar afuera al ser de adentro que no deja de constituirse en su propia exterioridad. Por esto, al dibujar, narrar e intentar capturar la Ciudad, el sujeto siempre estará buscando pertenecer a ese espacio que puede incluso resultarle hostil e indomeñable. Adentrarse en la Ciudad, construirla como adentro, es sumergirse en la misma constitución *éxtima* del sujeto y de ella misma. Es la Ciudad quien habita al sujeto y es él quien puede sublimarla para afrontar y bordear lo real, para elevarla a la dignidad de la *Cosa*. A reencontrarnos con la condición sublime de la Ciudad como objeto, una suerte de emplazamiento del objeto a través de los senderos del significante.

Bibliografía

- Aguilar, Miguel Ángel (2007). Psicología urbana. En Miguel Ángel Aguilar y Anne Reid (coords.), *Tratado de Psicología Social. Perspectivas Socioculturales* (pp. 263-280). México, Anthropos-UAM Iztapalapa.
- Alemán, Jorge (2012). *Soledad: común. Políticas en Lacan*. Madrid: Clave Intelectual.
- Augé, Marc (1992). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bachelard, Gaston (2010). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica. (Orig., 1960).
- Badiou, Alain (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial. (Orig., 1988).
- Barthes, Roland (2010). *Mitologías*. México: Siglo XXI. (Orig., 1957).
- Baudrillard, Jean (1981). *Simulacres et simulation*. París: Galilée.
- Bianchi, Pietro (2012). From representation to class struggle. A response to Samo Tomšič. *Journal of the Jan Van Eyck Circle for Lacanian Ideology Critique*, 5, 114-126.
- Cisneros Puebla, César (1994). Psicología política: hacia la prospectiva del ciudadano. *Sociológica UAM-Azcapotzalco*, 9(24), 1-11.
- Chaumon, Franck (2004). *La ley, el sujeto y el goce: Lacan y el campo jurídico*. Buenos Aires: Nueva Visión. (Orig., 2004).
- De Alba, Martha (2007). Mapas imaginarios del centro histórico de la ciudad de México. De la experiencia al imaginario urbano. En Angela Arruda y Martha de Alba (coords.), *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica* (pp. 285-319). México: Anthropos-UAM Iztapalapa.
- De Certeau, Michel (2010). *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*. México: Universidad Iberoamericana-ITESO. (Orig., 1980).
- Esquivel Hernández, María Teresa (2005). Vida cotidiana e identidad. En Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (coords.), *Identidades urbanas* (pp. 57-90). México: UAM-Azcapotzalco.
- Evans, Dylan (1996). *An introductory dictionary of lacanian psychoanalysis*. Nueva York: Routledge.
- Falleti, Valeria (2012). *Movilización y protesta de las clases medias argentinas*. México: UAM-UNAM-CLACSO.
- Foucault, Michel (2009). *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI. (Orig., 1975).
- Foucault, M. (1994). Des espaces autres. En Michel Foucault, *Dits et écrits: 1954-1988* (Vol. IV, pp. 752-762). París: Gallimard. (Orig., 1984).
- Freud, Sigmund (2001). Más allá del principio del placer. En Sigmund Freud, *Obras Completas* (Vol. XVIII, pp. 2-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Orig., 1920).
- Harvey, David (2012). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal. (Orig., 2012).
- Ibáñez, Tomás (2001). *Municiones para disidentes. Realidad, verdad, política*. Barcelona: Gedisa.
- Kingsbury, Paul (2007). The extimacy of space. *Social & Cultural Geography*, 8(2), 235-258.
- Lacan, Jacques (1966). *Le Séminaire Livre XIV. Logique du fantasme*. París: Inedit

- Lacan, Jacques (1997). *El Seminario Libro XX. Ann.* Buenos Aires: Paidós. (Orig., 1972).
- Lacan, Jacques (2005). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. En Jacques Lacan, *De los nombres del padre* (pp. 11-64). Buenos Aires: Paidós. (Orig., 1953).
- Lacan, Jacques (2009). *El Seminario Libro VII. La ética del psicoanálisis.* Buenos Aires: Paidós. (Orig., 1959).
- Lefebvre, Henri (1974). La producción del espacio. *Papers: Revista de Sociología UAB*, 3, 219-229.
- Lefebvre, Henri (1978). *De lo rural a lo urbano.* Barcelona: Península.
- Marx, Karl (2006). *El Capital. Crítica de la Economía Política* (Vol. I). México: Fondo de Cultura Económica. (Orig., 1867).
- Mier, Raymundo (2016). La aprehensión de sí mismo: trayectos históricos e inflexiones de la escritura. *Revista Tramas UAM-Xochimilco*, 45, 13-46.
- Miller, Jacques-Alain (2010). *Extimidad.* Buenos Aires: Paidós. (Orig., 2010).
- Nora, Pierre (2008). *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire.* Montevideo: Trilce.
- Novo, Salvador (1973). *La Ciudad de México en 1873.* México: Porrúa.
- Parker, Ian (1996). Discurso, cultura y poder en la vida cotidiana. En Ángel Gordo-López y José Linaza (eds.), *Psicología, discurso y poder: metodologías cualitativas, perspectivas críticas* (pp. 79-92). Madrid: Visor.
- Pavón-Cuéllar, David (2014). Extimacy. En Thomas Teo (ed.), *Encyclopedia of critical psychology* (pp. 661-664). Londres: Springer.
- Portal, María Ana (2006). Espacio, tiempo y memoria. Identidad barrial en la ciudad de México. El caso del barrio de la Fama, Tlalpan. En Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar (coords.), *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado* (pp. 69-86). México, Anthropos-UAM Iztapalapa.
- Reguillo, Rossana (1996). *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación.* México: ITESO-Universidad Iberoamericana.
- Stavrakakis, Yannis (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría y política.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, Slavoj (2005). *Bienvenidos al desierto de lo real.* Madrid: Akal. (Orig., 2002).



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.